

only three men remain on the farm of the old hands so you may suppose thing were pretty lively during my absence. I am getting tired of the job & it will not take much for me to move also, it is a big responsibility for to run this show it is getting more & more all the time, it is only the 25 pounds that keeps me. As soon as Ethel has put in her two years to school then I go to Punta. My house brings in 40 per month as well as the 25.0.0 so I am able to look up a bit now.

Mr Lane of Montevideo keeps up a regular correspondence with me & gives me all the news there, Fordham is still hanging on the same as ever. I hope to hear from you & to hear you are doing well, Why not sell out & try your hand out here for good, surely by now you have learnt life is not all "beer & skittles"?, why not learn this lesson now instead of waiting another ten years to learn this same? I hope you have passed the Board of Trade alright as you told me you was at school preparing. I don't know of any other news now, that would interest you, so I think I had better stop before you get tired of reading this. I hope your reply will be full of news. You said you sent some papers but I did not get them.

The only sure address is c/o Don Jose Menediz this is sure to reach me at all times, Mrs. Robins & Tooky is playing that game we used to play on board with the buttons & dice & are using the same one you made with the same old shaving soap box & are grumbling & saying each is cheating, so you see how Tooky is getting on, by this means she is learning to count & read. I really must stop now as they are saying "going to have a game Da". Mrs Robins & Tookey says my best love to Mr Maryon. I must say good by old shipmate & may you never find a worse friend & well wisher than *yours truly*. Good by once more & mind I am ever thinking of you & wondering whether you are keeping straight.

Yours as ever

James C. Robins

FUENTE DE CONSULTA

a) Inéditas

Copiador de Cartas N° 5 (Marzo 1893-Marzo 1895), Archivo "Mauricio Braun Hamburger". Museo Regional de Magallanes, Punta Arenas.

Carta de J.C. Robins a A.H. Maryon. Archivo de Alan J. Maryon, Wisbech, Inglaterra.

b) Impresas

FURLONG, CHARLES W. 1912. "Hunting the Guanaco", *The Outing Magazine*, Vol. LXI, October 1912, Number 1, New York.

HULTKRANTZ, J.V. 1905. "Zur Osteologie der Ona und Yaghan Indianer des Feuerlandes". En O. Nordenskjöld, *Svenska Expeditionen Till Magellansländerna*, BD. I. N: 05, pág. 109-173, Stockholm.

MARTINIC B. MATEO. 1972 "Panorama de la colonización en Tierra del Fuego entre 1881 y 1900". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 4(1-3): 5-69, Punta Arenas.

1978 "La política indígena de los gobernadores de Magallanes 1843-1910". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 10: 7-57, Punta Arenas.

1982. *La Tierra de los Fuegos*. Municipalidad de Porvenir, Punta Arenas.

1988. *Magallanes, al sur de América*. Cape Horn Methanol - Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.

EL USO ECUESTRE ENTRE LOS AONIKENK

MATEO MARTINIC B.*
DANIEL QUIROZ L.**

Es cosa sabida la importancia que tuvo el dominio y empleo del caballo entre los indígenas del meridión continental de América, en especial entre los aónikenk, tanto que generó una verdadera cultura particular que definimos como el *uso ecuestre*¹. Este comprendía variados aspectos referidos a la crianza o captura, doma, adiestramiento, trato y manejo de los equinos, como también a los elementos propios del cabalgar (jaeces y arreos, monturas, riendas, cinchas, maneadas, bozales, lazos, etc.); al uso alimentario de la carne de los animales, al sacrificio de los mismos con fines rituales y a la posesión de caballos como expresión patrimonial.

Siendo de importancia unos y otros, creemos que puede ser de interés abordar en particular el aspecto referido a la forma de montar de los tehuelches meridionales australes. De hecho, ningún autor se ha ocupado hasta el presente de esta materia, por lo que estimamos que esta comunicación podrá resultar novedosa como información referida a los hábitos de los indígenas durante el período final de la secuen-

cia cultural de la etnia aónikenk, sobre la que nos hemos ocupado precedentemente (Martinić y Prieto, 1985-86; Martinić, 1987 a y b; Martinić y Prieto, 1988).

Para el efecto, las fuentes informativas son, por una parte, las noticias etnohistóricas y los testimonios gráficos (dibujos o croquis, grabados y fotografías) y, por otra, los elementos museológicos.

El caballo tehuelche

Antes de abordar la materia, es conveniente entregar alguna información sobre las cabalgaduras empleadas por los indígenas. Los equinos arribaron a la Patagonia austral en época indeterminada durante los primeros años del siglo XVIII. Procedían, según se conoce, de los caballos traídos al río de la Plata por los españoles en 1536. Fracasada la fundación del adelantado Pedro de Mendoza, los animales quedaron en libertad y luego de aclimatarse se multiplicaron asombrosamente en las pastosas llanuras bonaerenses, expandiendo sin cesar su territorio en especial hacia el oeste y el sur. Dos siglos después, en 1744, el misionero jesuita Tomás Falkner comprobaría su abundancia, circunstancia de la que dejaría constancia: "...hallándome en estas llanuras (sur de Buenos Aires) durante quince días me rodearon por completo. Algunas veces pasaron por donde yo estaba en

* Area de Historia, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla 113-D, Punta Arenas, Magallanes.

** Depto. de Museos, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos. Avda. O'Higgins 651, Santiago.

¹ Consideramos al uso ecuestre como parte del sistema cultural denominado "complejo ecuestre" (*apud* Bird), con plena vigencia desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX.

grandes tropillas a todo escape durante dos o tres horas sin cortarse; y durante todo este tiempo, a duras penas pudimos yo y los cuatro indios que entonces me acompañaron, librarnos de que nos atropellaran e hiciesen mil pedazos" (1974: 67).

Con tal vigor reproductivo alcanzaron paulatinamente, a lo largo de dos centurias, hasta el extremo meridional del continente. La primera referencia a la presencia equina se debe a John Bulkeley, quien en 1741 divisó jinetes en la costa nororiental del estrecho de Magallanes, en la proximidad de punta Daniel. Ahora sabemos que los caballos habían alcanzado hasta la Patagonia central medio siglo antes, a juzgar por el dato del navegante francés Gouin de Beauchesne, inédito hasta el presente, quien da cuenta del hallazgo de un esqueleto en la zona de Puerto Deseado, en 1699, parte del cual recogió y llevó consigo para probar "a los españoles de Chile" que la especie poblaba el territorio sudoriental americano. En el intertanto, los indígenas fueron conociendo y dominando a los animales, incorporándolos progresivamente a su quehacer vital.

Por su origen hispano-andaluz- eran caballos de poca alzada, aunque de ancho pecho, a lo menos los que se conocieron en el territorio austral. Su entrecruzamiento produjo un desmejoramiento genético, afectando alguna de sus características, en particular en lo tocante a su aspecto, más cercano al de un rocín vulgar (a juzgar por la fotografía clásica del cacique Mulato montado), que al de un caballo bien conformado, tanto que impresionó desfavorablemente a algunos viajeros del siglo pasado, entre otros al comandante Luiz de Saldanha, de la Armada Imperial del Brasil, que conoció a los tehuelches en una de sus arribadas a Punta Arenas (1882), quien describió a sus cabalgaduras como animales flacos "que son una vergüenza de la noble raza de los Bucéfalos" (1936: 49) (Fig. 1).

Su colorido era variopinto, no siendo escasos los manchados o tobianos, pelaje por el que los patagones tenían especial preferencia.

Pero, aspecto aparte, eran animales veloces para la caza, buenos para trepar y bajar pendientes y saltar zanjas, en general muy bien adaptados a las características naturales de territorio oriental patagónico. Eran, además, sufridos, como para soportar el peso de los corpulentos indígenas y las cargas con que éstos los abrumaban; eran, por fin, mansos y obedientes.

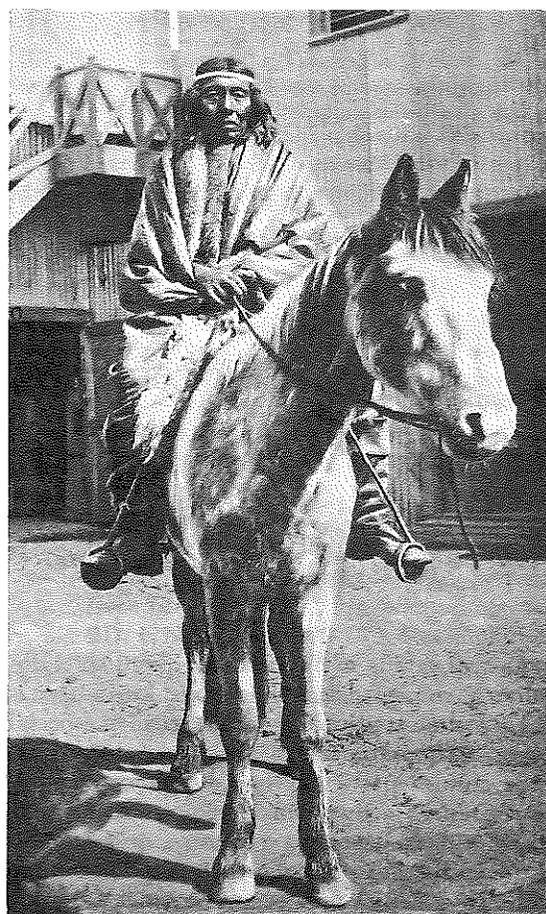


Fig. 1. Cacique Mulato. Punta Arenas, hacia 1902-03 (Archivo histórico Instituto de la Patagonia, Univ. de Magallanes).

Los tehuelches los apreciaban muchísimo, por ésas y otras razones, y cifraban en su posesión el grado de su importancia y riqueza. Estimaban especialmente a los caballos salvajes, que abundaban en las cercanías de Ultima Esperanza, a los que procuraban capturar y domar para renovar sus tropillas.

La forma de montar indígena

Los aónikenk debieron conocer las monturas desde que comenzaron a usar el caballo, a través de sus relaciones con los tehuelches meridionales boreales (mechárnúekenk), con los tehuelches septentrionales y otros indígenas de las pampas del norte del río Chubut, quienes a su tiempo las habían tomado de los españoles.

La primera referencia histórica sobre el hábito ecuestre la debemos al navegante francés Louis

Antoine de Bougainville, quien en diciembre de 1766 trabó contacto con un grupo de aónikenk en la costa de la bahía de San Gregorio (estrecho de Magallanes). Observó entonces que los caballos indígenas "...estaban ensillados y enbridados a la manera de los habitantes del río de la Plata. Un patagón tenía en su silla clavos dorados, estribos de madera recubiertos con una lámina de cobre y una brida de cuero trenzado; en fin, todo un arnés español" (1946: 134).

Pocos años después, en 1780, el comisionado español Antonio de Viedma, conoció y trató largamente en la bahía de San Julián a una parcialidad tehuelche meridional del norte del río Santa Cruz, cuyas costumbres, en la materia que interesa, eran parecidas, sino idénticas, a las propias de los naturales del sur de dicho curso fluvial, constatando que "El aparejo de montar es á manera de un albardón, sin pretal ni grupa, hecho también de cuero de guanaco grande, reenchidos los bastos de paja fuerte. Los estribos labrados por ellos de madera, y tan pequeños, que tasadamente cabe el dedo pulgar del pie. Se ponen mal á caballo, pero son muy firmes en él, y lo mismo corren cuesta abajo que cuesta arriba" (1980: 5,6). El empleo del aparejo hispano-platense durante el primer período del uso ecuestre se confirma con esta descripción, pues la silla descrita se caracterizaba por poseer una perilla saliente y un arzón trasero alto, y era utilizada por los vaqueros; procedía de Andalucía, región tradicionalmente abundante en ganado mayor.

Respecto de la forma en que cabalgaban las indias y su correspondiente aparejo, Viedma hace una descripción pormenorizada, dejando constancia de la diferencia que existía en dicho hábito entre los sexos: "Los arrees de las caballerías en que las mugeres montan, que por lo común son yeguas, se componen de unos sillones de vaqueta o de suela (si la pueden conseguir), muy bien hechos, claveteados con clavitos de latón amarillo, guarnecidos sus extremos con abalorios de diferentes colores (cuando los tienen), formando dibujos ó labores a su modo y fantasía. (...) "Estos arrees son para gala y fiestas, pero en sus marchas ordinarias no usan estos adornos, y en lugar de dicho collar ponen un cordón de lana azul o colorado, de un dedo de grueso, con el cual dan tres vueltas al cuello de la caballería, y les sirve también de estribo para montar en el sillón, donde se asientan con la cara á la cabeza del caballo, recogiendo las piernas arriba sobre

las faldillas del mismo sillón, en una postura muy violenta y trabajosa, que sólo la costumbre puede hacerles sufrir; por lo que están espuestas á muchas caídas" (Id. pág. 6).

Mucho después, en 1826, otros dos viajeros que pasaron por el estrecho de Magallanes agregaron referencias sobre la modalidad ecuestre que interesa. El capitán norteamericano Benjamin Morrell, quien vio a los indios en la zona de bahía Oazy, afirmó rotundamente que ambos sexos cabalgaban igual. A su turno, el hidrógrafo británico Philip Parker King conoció una parcialidad aónikenk en la bahía de San Gregorio, con la que estableció una mistosa relación, circunstancia que le permitió observar a gusto a los naturales y enterarse de sus costumbres. Respecto a su hábito ecuestre, escribiría: "A caballo ambos sexos montan a horcadas, pero las mujeres sobre una cantidad de pieles y mantas. Las monturas y estribos que usan los hombres son semejantes a los de Buenos Aires" (1933, I, 35). Su colaborador y sucesor Robert Ritz Roy añadiría después que los indios usaban una "silla ligera de madera con algunos cueros por encima y por debajo" (1933, III: 159).

Por fin, los misioneros norteamericanos William Arms y Titus Coan, que pasaron algunas semanas con los aónikenk entre noviembre de 1833 y enero de 1834, dejaron constancia de la forma de montar de los indios, precisando el matiz diferencial entre los sexos: "Después de poner algunos cueros sobre uno de estos Caballos, se depositó sobre él nuestra Caja unida a un baul pesado para balancearla, y sobre esto una bolsa que pesaba tanto como una balija de regular tamaño, y encima de todo esto iba montada un mujer para gobernar el Caballo. El aderezo de los Caballos es muy simple. Los hombres usan una montura tosca, construida de pedazos de palo, algo parecida al pomo o Cabeza de nuestras Sillas; y las mujeres una especie de sillón hecho de Cueros, y como los hombres, montan abiertas las piernas, pero sin estribos" (1939: 114).

De estas referencias, no del todo concordantes, y del material gráfico compulsado perteneciente a época posterior, es posible comprobar que aunque hombres y mujeres utilizaban la cabalgadura para su transporte personal, aquéllos la empleaban fundamentalmente para la práctica de la caza y éstas para el transporte de los enseres personales y domésticos. Este distinto uso funcional tanto exigía animales briosos en el primer

caso, como mansos en el segundo, cuanto imponía una forma diferenciada de montar. Los hombres lo hacían a horcajadas, en pelo o con monturas, y las mujeres, siguiendo esa modalidad, aunque con variantes, o bien, lo que pareció ser más común, sentadas directamente sobre el lomo o la cruz del animal, o equilibrándose sobre una pila de mantas y pieles. Los arneses por consecuencia eran diferentes, más sencillos los de los hombres, quienes para entonces (hacia 1830-40) empleaban con más frecuencia sillas simples de fabricación propia, bien por ser más funcionales de acuerdo con su experiencia, o porque debieron recurrir a su inventiva para reemplazar las monturas más elaboradas de procedencia platense, quizá más difíciles de conseguir.

La única documentación gráfica contemporánea sobre las monturas usadas por los aónikenk la debemos a los excelentes dibujantes Ernest Goupil y L. Le Breton, de la expedición de Jules Cesar Dumont D'Urville. Este marino se encontró a fines de 1837 con un grupo de patagones en puerto Peckett (estrecho de Magallanes), ocasión en que aquellos realizaron unas vívidas reproducciones de personajes y escenas del campamento indígena. Pues bien, en dos de los grabados se aprecian monturas que se ajustan a la descripción de los misioneros norteamericanos. Una, al parecer de madera (y cuero), combada y con pronunciados arzones agujereados, para afirmar al jinete, que tal vez correspondía al "sillón" mencionado por aquéllos, empleado en forma graficada por Le Breton (Fig. 2 primer plano). La otra de diseño más sencillo, puede verse en el jinete situado en la figura 3, primer plano a la derecha, y que es diferente a la montura femenina, especialmente en cuanto se refiere a los fustes o cabezales. Esta se ajusta cabalmente a la que usara mucho después, en abril de 1857, el naturalista inglés Robert O. Cunningham en San Gregorio, durante una partida de caza de guanacos en la que participó invitado por los patagones, quien la describió así: "Las sillas patagónicas consisten en armazones de madera, provistas con arzones pronunciados delante y detrás, y sobre los jinetes ponen una pila de pieles, sobre las que se sientan" (1871: 206).

Hubo, además, otra montura más sencilla, caracterizada por una armazón en que los arzones eran muy rebajados. Tenemos así definida la transición desde las formas hispano-bonaerenses más elaboradas hasta los modelos más simples

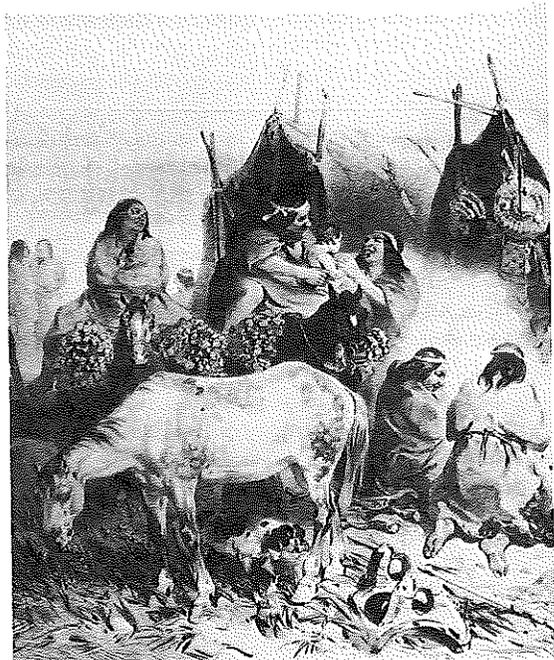


Fig. 2. Patagones en Puerto Peckett. Dibujo de L. Le Breton, 1837. Observe la silla de montar en primer plano.

que, aparentemente, fueron el fruto de la adaptación o de la invención indígena, que conociera y describiera el explorador George Ch. Musters en 1869, y que habrían sido de uso común a contar del tercio final del siglo: "Las monturas se hacen del modo siguiente: se parte en dos un pedazo de madera y por medio de una azuela pequeña se le da el tamaño y grosor necesarios para que forme los costados o aletas, diestramente adaptados a la forma del lomo del caballo; se abren agujeros en cada extremo de las aletas, y a ellas se atan con cuero después de reducirlos al tamaño requerido, los fustes formados con angulares de árbol, como los codos que se usan en la construcción de botes. Sobre esto se cose con tendones un cuero fresco de guanaco, desprovisto de su vellón y cuidadosamente cortado en la debida forma, cuero que al secarse sirve para ligar fuertemente unas con otras las diferentes piezas del armazón" (1964: 244, 245). En los fustes se ataban dos tiras largas de cuero que remataban en los estribos.

Como otros arneses y arrees, la silla solía ser adornada con cúpulas o semiesferas de plata o bronce, o con tachones y trozos de este último metal o de cobre, artesanía en la que los aónikenk eran especialmente hábiles, o también

con monedas de plata y otros colgantes metálicos. La montura se completaba con un mandil o trozo de poncho colocado directamente sobre el lomo del caballo y con un trozo cuadrado de piel (puma, guanaco u oveja, ésta en el caso de los indios de la Patagonia norte) sobre la silla. Todo el conjunto se ataba con una cincha hecha de tiras de cuero, con dos argollones de metal.

En los paraderos históricos de Dinamarquero y San Gregorio se han encontrado varios de estos elementos ornamentales y funcionales, lo que ha permitido profundizar en el conocimiento de las habilidades manuales y en el sentido estético de los aónikenk, contribuyendo a aventar la concepción que alguna vez pudo tenerse acerca de su pretendida pobreza cultural.

Los indios patagones apreciaban especialmente sus monturas, tanto como sus caballos, sin embargo de lo cual solían apostarlas en sus juegos. Los perdedores, si carecían de otra montura, solían montar en pelo, lo que, a juicio de Musters, no les incomodaba en absoluto. Las figuras 3, 4 y 5, ilustran sobre los arrees y las formas de montar descritos.

En cuanto al modo de cabalgar de las mujeres indígenas (las "chinas"), éste admitía variantes: a horcajadas, a semi-horcajadas y sentadas.

La primera modalidad, no obstante las referencias etnohistóricas transcritas, debió ser de uso restringido. Quizás en caso de cabalgatas breves, sin impedimenta. Puede que entonces las indias hubiesen usado el tipo de montura descrito, de altos fustes (el "sillón"). Cuando se hallaban en plan de trabajo de recolección de ramas para sus fogones, hacían con las mismas atados más o menos voluminosos que se colgaban horizontalmente uno por cada costado del caballo y se montaba a horcajadas sobre el lomo del animal, en forma harto forzada, pasando las piernas por sobre los atados de ramas, tal como lo registrara Le Breton en puerto Peckett.

Pero la modalidad más corriente, que se empleaba en los continuos recorridos por las sendas indígenas inmemoriales, era aquella en que las mujeres montaban un caballo cargado con los efectos de uso personal, tales como mantas, ponchos y pieles, y a veces sobrecargado con otros útiles y enseres domésticos, como se muestra en la figura 6. En estos casos, una variante del estilo consistía en armar un asiento con las mantas y pieles, todo debidamente asegurado con la cincha, sobre el cual la india se sentaba a variable altura, según el espesor de la carga, pasando o no las piernas por los lados del pescuezo



Fig. 3. Campamento de Patagones en Bahía Peckett. Dibujo de E. Goupil, 1837.



Fig. 4. Jinete Aónikenk según Musters.



Fig. 5. Campamento Aónikenk según Beerbohm. Obsérvese la forma de montar del jinete de la izquierda.



Fig. 6. China en viaje según Spears.

del caballo, como se aprecia en algunas de las figuras. Para montar, o mejor, para encaramarse, las mujeres se ayudaban con una lazada firme, hermosamente tejida, que colgaba del cuello del animal, según tempranamente lo observara Antonio de Viedma.

“Cuando vieron que nos disponíamos a partir, hicieron ellas lo mismo, i al efecto arreglaron sus grandes monturas, especies de aparejos, que les sirven también para transportar sus víveres y artículos de comercio; i se colocaron sobre ellas sentadas i con las piernas colgando por delante, de modo que a la distancia producen el mismo efecto que un individuo montado en un camello”. Así vieron los exploradores Alejandro Bertrand y Aníbal Contreras a un grupo de chinas, camino de Punta Arenas, a comienzos de 1885 (1886: 237).

Otra variante era la modalidad sentada a

semi-horcajadas, que se daba cuando el caballo no portaba bagaje sino únicamente los elementos que permitían montar con cierta comodidad para lo que la inventiva indígena permitió crear un elemento que estimamos original y exclusivo: una almohadilla o cojín redondo, de forma tubular y diámetro diferenciado entre los extremos y el centro, de aproximadamente 0,60 m de largo y 15-20 cms de diámetro en los cabezales. Dos de estas piezas se acomodaban afirmadas con la cincha sobre los costados superiores del lomo del animal, dejando entre los mismos un relleno de piel o tejido, como cojín. Sobre este conjunto se atravesaban otros dos cojinitillos, separados uno del otro, de modo que la india se sentaba en el hueco que quedaba entre ambos, pasando sus piernas por encima del más próximo a la cabeza del caballo. Cuando la jinete era una madre con criatura de pecho, el cojinitillo posterior se alejaba hacia el anca, dejando un espacio donde se ubicaba la cuna en el mismo sentido de ubicación de aquél, adosada directamente a la espalda de la madre. El grabado que acompaña a la relación de Musters, en que se aprecia la partida del campamento de Mowaish, ilustra con precisión la modalidad descrita (Fig. 7).

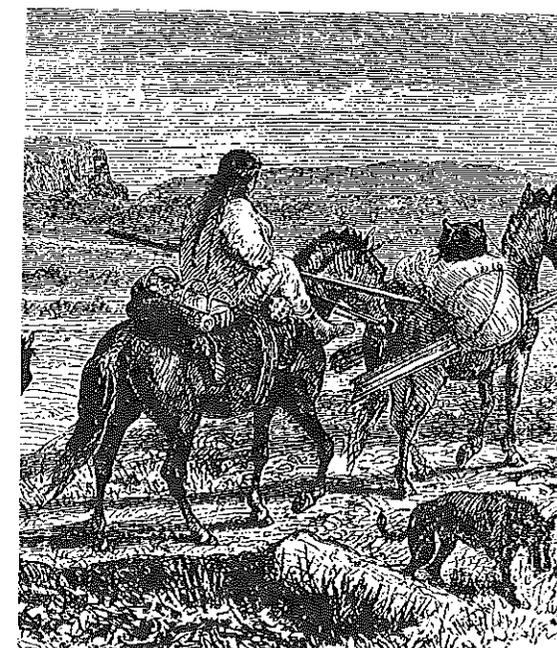


Fig. 7. China en viaje según Musters. Obsérvese el cojinitillo sobre el que se apoyan las piernas.



Fig. 8. Indias Aónikenk en viaje según Bourne.

Así como los varones parecían poner todo su interés en adornar sus sillas, las mujeres aónikenk hicieron de sus lazadas y cojinillos objeto de cuidadosa artesanía, a veces hermosamente ornamentados. Estos últimos elementos, al decir de Musters, se confeccionaban con cuero resistente, rellenándolos con ponchos viejos o lana de guanaco. Se los costía fina y firmemente con tendones de avestruz y se los decoraba con cupulitas de bronce o plata y con hermosas pinturas, como se aprecia de las piezas por primera vez descritas, que se presentan a continuación. Esta expresión artesanal pudo ser característica del período histórico que corrió entre mediados del siglo XIX y los comienzos del XX y su desaparición posterior correspondió con el proceso de aculturación del grupo sobreviviente de la etnia.

Arreos de montar patagones existentes en el Museo de Historia Natural, Santiago de Chile².

SILLA DE MONTAR DE HOMBRE. 5745 (563). Enjalma forrada en cuero. Patagonia.

Descripción

La pieza está constituida por una armazón de madera cubierta completamente por un delgado trozo de cuero de guanaco (menos de 1 mm de espesor). La estructura o armazón de madera (fuste) está formada por dos trozos rectangulares de sección biconvexa (aletas) ligeramente curvados y más anchos y gruesos en sus extremos, unidos a los lados interiores de otros dos trozos en forma de V invertida (arzones).

La uniones de las aletas con los arzones se hacen mediante una cuerda de cuero, posible-

² Las piezas que pasan a describirse fueron adquiridas, con otros elementos de procedencia indígena, hacia 1860 por el gobernador de la Colonia de Magallanes Jorge Cristián Schythe y enviadas en donación al Museo Nacional de Historia Natural. Actualmente integran la colección etnográfica que lleva el nombre del donante.

mente de guanaco. Como la estructura de madera está cubierta, no podemos determinar en forma precisa el modo de ensamble de las piezas. El trozo de cuero que cubre el fuste está unido por medio de cuatro costuras con puntada tipo zigzag, dos que recorren completamente la pared interior de cada uno de los arzones y las otras dos que se ubican a lo largo del sector superior de la parte interior de cada una de las aletas.

En la parte superior del arzón anterior se observan dos orificios por donde se amarra una cuerda corta, la que se anuda a la correa de los estribos. En el arzón posterior existen otros dos agujeros, ahora en su parte inferior, de donde salen dos cuerdas dobles cortas.

Dimensiones

Si medimos la pieza completa, considerada en equilibrio sobre su base, nos da 422 mm de

largo, 300 mm de ancho y una altura de 260 mm.

La aleta derecha mide 420 mm de largo; el ancho va desde 125 mm en su parte media hasta 140 mm en su parte anterior y 155 mm en su parte posterior; el espesor varía entre 25 mm al centro, 40 mm en su parte trasera y 45 mm en su parte delantera. La aleta izquierda mide 422 mm de largo; el ancho va desde 120 mm en su parte media hasta 150 mm en su parte anterior y 170 mm en su parte posterior; el espesor varía entre 25 mm al centro y 40 mm en su parte trasera y 45 mm en su parte delantera.

La base del arzón anterior mide 295 mm y su altura es de 240 mm; su ancho máximo es de 70 mm y su espesor máximo de 27 mm. La base del arzón posterior mide 300 mm y su altura es de 190 mm; su ancho máximo es de 68 mm y su espesor máximo de 30 mm.

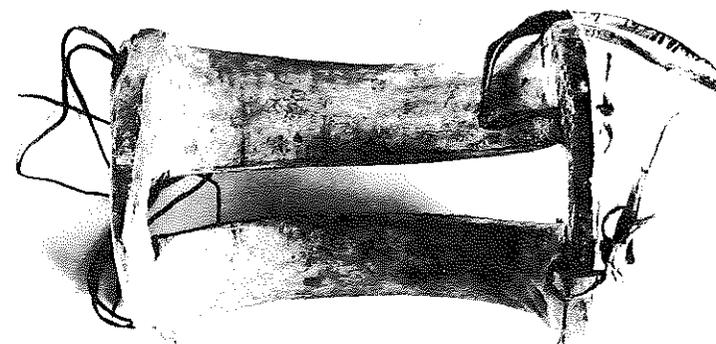


Fig. 9. Silla de montar de hombre. Colección Jorge Schythe. Museo Nacional de Historia Natural, N° I. 5749 (563). Vista superior. Foto. F. Quiroz.

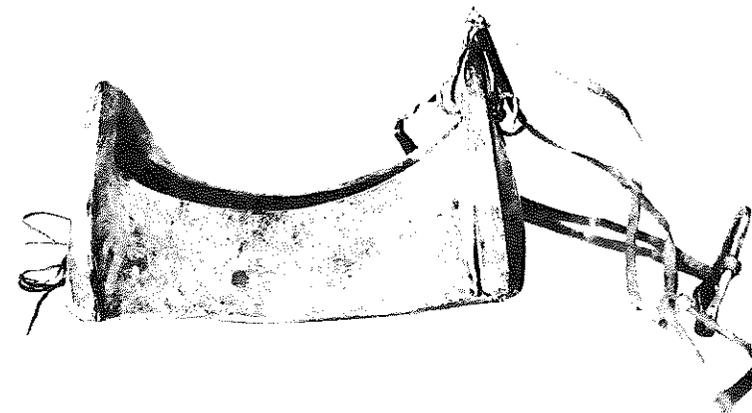


Fig. 10. Silla de Montar de Hombre. Colección Jorge Schythe, Museo Nacional de Historia Natural, N° I. 5745 (563). Vista lateral. Foto. D. Quiroz.

SILLA DE MONTAR DE MUJER. 5749 (567).
Silla de mujer, 2 piezas forradas en cuero, pintadas, las cabezas con 3 hileras de bucles de latón. Patagonia.

Descripción

La silla se compone de dos cojinetes rígidos de cuero, que se colocan uno a cada costado del caballo, sujetándolo al lomo con una tira de cuero ancha y flexible. La forma de cada pieza es semicilíndrica, de sección elíptica, ligeramente doblada en su parte media y más angosta en el centro que en los extremos.

Cada cojinete está hecho de un solo trozo de cuero de guanaco, cosido mediante puntadas rectas con un fino hilo hecho en fibras de tendones de guanaco y relleno de ramas de junco (tal vez también con otros elementos, como pedazos de lana, cuero, etc., pero no podemos saberlo).

Decoración

Una parte importante del cuerpo o lado de cada cojinete se encuentra profusamente pintado con motivos geométricos en rojo y negro (sólo el área ubicada en el sector inferior de la pieza, que abarca casi un 20% del área total, no está decorada).

La parte decorada de la pieza se divide verticalmente en tres franjas o sectores: el central, pintado completamente de rojo, y los laterales, decorados alternando horizontalmente dos motivos, I y II, en dos colores, rojo y negro. El motivo I es una línea zigzag con pequeños trazos horizontales en cada uno de los vértices. El motivo II es una línea recta de la que salen en forma alternada, hacia arriba y hacia abajo, dos trazos en forma de T.

La decoración difiere un poco en ambos cojinetes, a pesar de usar los mismos motivos y colores. La fórmula de cada pieza es A = Izq.: 3(InIIR) In; Der.: 4(I InIr) II n y B = Izq.: 4(IIrIn); Der.: 4(II nIr).

Las cabezas o bases de cada cojinete se encuentran cubiertas con un trozo de arpillera, cosidas muy irregularmente con un hilo hecho en tendones de guanaco a los extremos del cuerpo y llevan como decoración tres anillos concéntricos de pequeñas cupulitas metálicas. Cada cupulita

tiene dos pequeños orificios opuestos en su parte inferior por donde se pasa el hilo que permite unirla al trozo de arpillera.

La cantidad de cupulitas por anillo es variable para cada una de las bases. La fórmula de cada pieza es A = ant.: 24-21-18; pos.: 27-23-18 y B = ant.: 25-20-16; pos.: 25-20-16. El diámetro promedio de las cupulitas es de 18 mm.

Con el fin de averiguar si existía pintura en las cabezas o bases de los cojinetes, procedimos a retirar las tapas de arpillera en la pieza B.

Las cabezas o bases tienen en el centro una pequeña perforación de unos 8 mm de diámetro. El motivo principal está compuesto por una estrella de seis puntas, verde, con un círculo en su centro y pequeños puntos de color negro en la base de cada una de las puntas, inscrita en un anillo negro. Entre los lados de la estrella y el anillo exterior se genera un espacio triangular donde se inscriben una serie de tres líneas en forma de V, roja-negra-roja, con sus lados paralelos a los lados de la estrella. En el vértice de cada línea hay un triángulo y de sus lados salen una serie de triángulos más pequeños con una prolongación de su lado exterior (Fig. 13).

El motivo que decora ambas cabezas o bases de la pieza B es idéntico, excepto por una variación de color. En la base anterior el anillo exterior y el círculo interior son negros; en cambio, en la base posterior, tanto el anillo como el círculo son rojos. No retiramos las tapas de las cabezas de la pieza A, de modo que desconocemos su decoración.

Dimensiones

La pieza A mide 560 mm de largo y sus diámetros seccionales son 120 y 240 mm en el centro y 160 y 280 mm en los extremos. La pieza B mide 560 mm de largo y sus diámetros seccionales son 120 y 200 mm en el centro y 160 y 320 mm en los extremos.

La franja vertical central decorada completamente de rojo mide 160 mm de largo, en ambas piezas, por 250 mm de ancho en la pieza A y 205 mm en la pieza B. Las líneas decorativas horizontales laterales difieren enormemente en ancho, con un promedio cercano a los 40 mm.

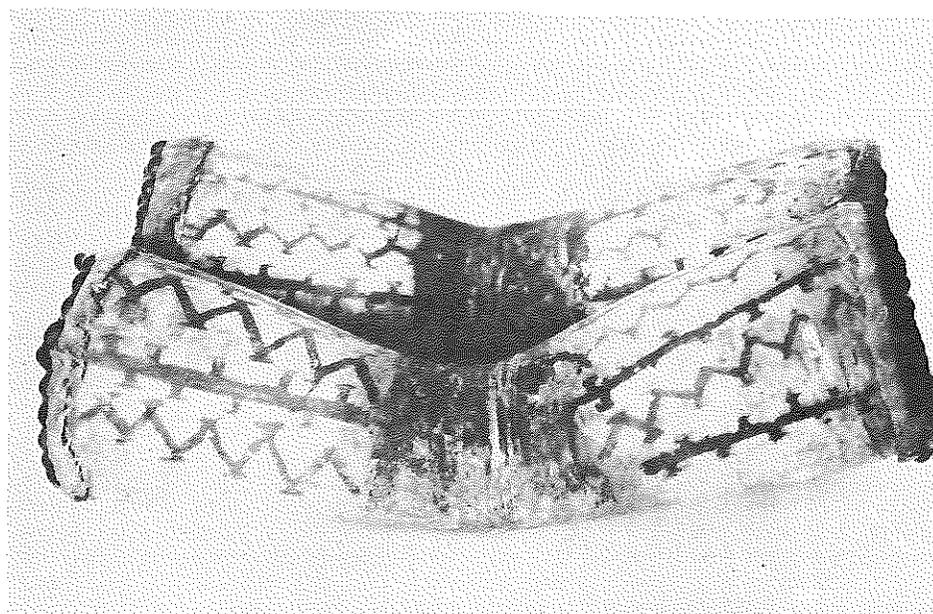


Fig. 11. Silla de Montar de Mujer. Colección Jorge Schythe, Museo Nacional de Historia Natural, N° I. 5749 (567). Vista Lateral. Foto D. Quiroz.

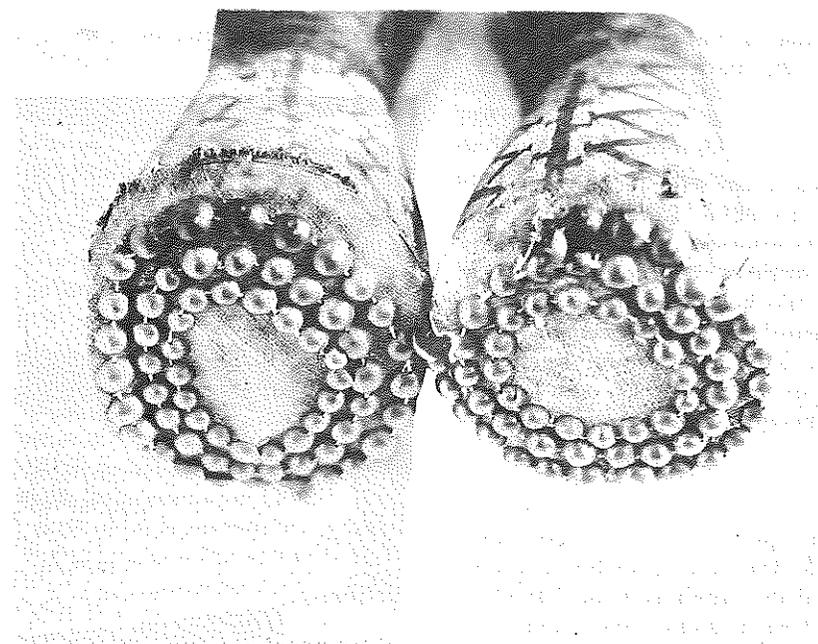


Fig. 12. Silla de Montar de Mujer. Colección Jorge Schythe, Museo Nacional de Historia Natural, N° I. 5749 (5677). Vista Anterior. Foto D. Quiroz.

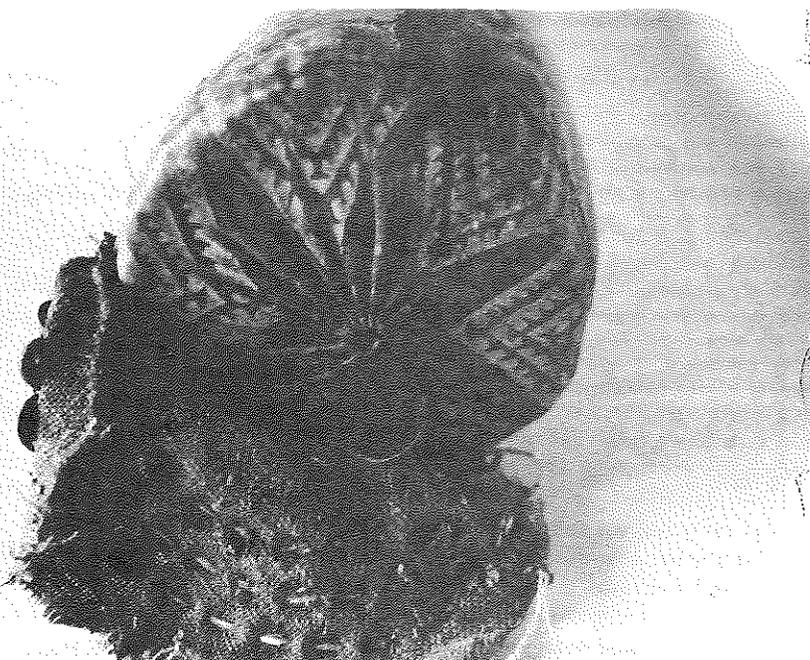


Fig. 13. Cabeza anterior descubierta, silla de montar de mujer. Colección Jorge Schythe, Museo Nacional de Historia Natural, N° I. 5749 (567) B. Foto. D. Quiroz.

ADORNO DE MONTURA DE MUJER. 5750 (568). Dos pedazos de cuero con chapas convexas de latón, para silla de mujer. Patagonia.

Descripción

Se trata de dos trozos semi rectangulares de cuero, de 5 mm de espesor, adornadas con aplicaciones metálicas semiesféricas. Cada pequeña cúpula tiene dos orificios en su base, por los que se pasa un fino hilo hecho de fibras animales, que las une al trozo de cuero respectivo. Cada trozo cuenta con siete filas de cupulitas, siendo su número variable (entre 13 y 17). En las filas centrales se concentran las semiesferas más grandes.

Dimensiones

El trozo A mide aproximadamente 400 mm de largo máximo por 180 mm de ancho máximo. La cantidad total de cupulitas es de 103 (14.7 por fila; faltan 2 en la quinta fila y una en la séptima). La mayor de las cupulitas tiene un diámetro de 38 mm y la menor de 17 mm.

El largo máximo del trozo B es de 450 mm y su ancho máximo de 180 mm. Cuenta con 108

cupulitas (15.4 por fila; faltan 2 en la sexta fila); el diámetro de la mayor es de 32 mm y el de la menor 13 mm.

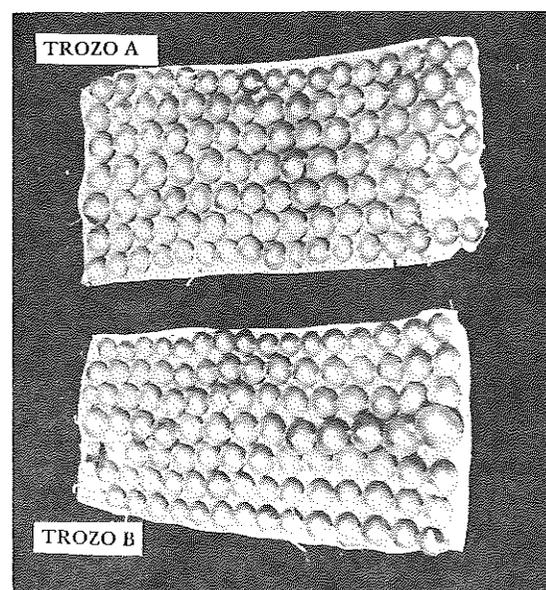


Fig. 14. Adorno de montura de mujer. N° I. 5750 (568), Colección J. Schythe, Museo Nacional de Historia Natural. Foto. O. León V.

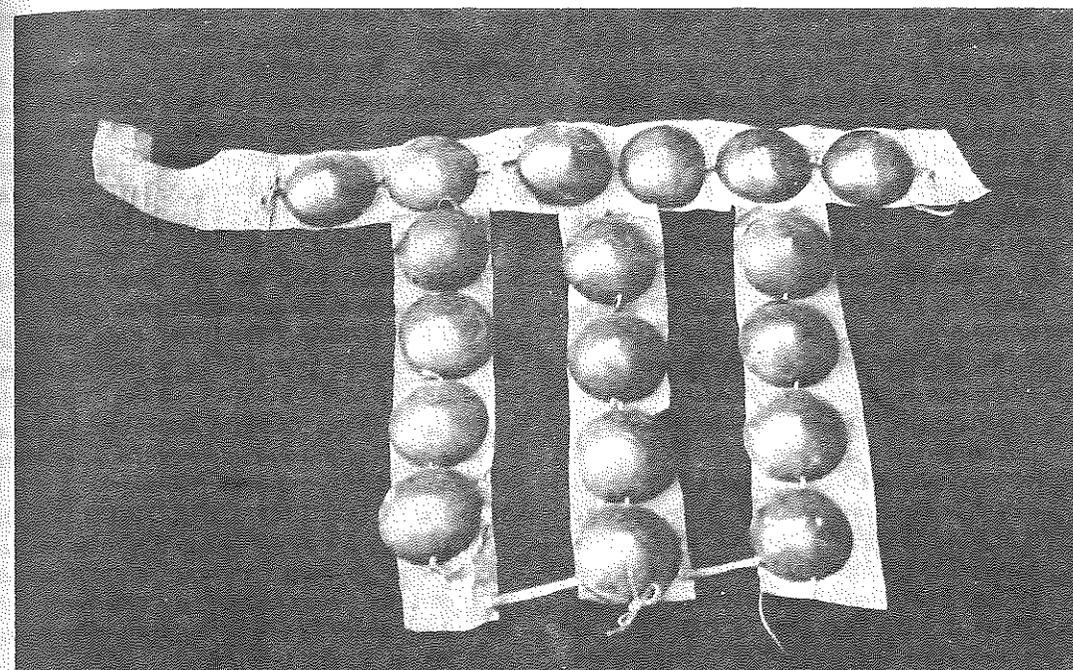


Fig. 15. Adorno para el pecho del caballo. N° I. 5750 (568). Colección J. Schythe, Museo Nacional de Historia Natural. Foto. O. León V.

ADORNO PARA EL PECHO DEL CABALLO. 5751 (569). Pechera de cuero con bucles de latón para caballo. Patagonia.

Descripción

Esta pieza está compuesta por cuatro trozos rectangulares de cuero de guanaco, de 1 mm de espesor. El más largo ocupa una posición horizontal y cosidos a su borde inferior, con fibras animales (probablemente de guanaco), van los otros tres trozos en forma vertical, separados entre sí por unos 60 mm. Los extremos sueltos de los trozos verticales se unen con una pequeña cuerda de cuero, anudada en el trozo del centro. En uno de los extremos del trozo horizontal, cortado en diagonal, existen rastros de que estuvo cosido a otra pieza mediante 18 puntadas.

La pieza lleva en toda su extensión aplicaciones metálicas cupuliformes. Cada cúpula tiene dos orificios en su base por donde se pasa una cuerda hecha en cuero de guanaco, de unos 8 mm de ancho, para unirlos a los trozos de cuero.

Dimensiones

El trozo de cuero que ocupa una posición ho-

rizontal es el más largo: mide 700 mm de largo por 80 mm de ancho y lleva seis cúpulas metálicas. Los tres trozos verticales son más cortos y miden 370 mm de largo por 80 mm de ancho, 360 mm de largo por 85 mm de ancho y 360 mm de largo por 90 mm de ancho respectivamente, llevando cada uno cuatro cúpulas metálicas. La cúpula mayor mide 78 mm de diámetro y tiene una altura de 41 mm; la menor tiene un diámetro de 74 mm y una altura de 31 mm.

FUENTES DE CONSULTA

- ARMS, WILLIAM y TITUS COAN 1939 "Extracto de los diarios de los señores...", *Revista de la Biblioteca Nacional*, tomo III, N° 9, primer semestre, Buenos Aires.
- BEERBOHM, JULIUS. 1879. *Wanderings in Patagonia*. Chatto and Windus, Londres.
- BENIGNUS, SIEGFRIED. 1912 *In Chile, Patagonien und auf Feuerland*. Dietrich Reimer (Ernst Vohsen), Berlín.
- BERTRAND, ALEJANDRO. 1885. "Memoria de la Rejión Central de las Tierras Magallánicas". *Anuario Hidrográfico de la*

- Marina de Chile*, tomo V: 203-343. Valparaíso.
- BOUGAINVILLE, LOUIS ANTOINE DE. 1946 *Viaje alrededor del mundo*. Espasa-Calpe Argentina S.A. Buenos Aires.
- BOURNE, BENJAMIN FRANKLIN. 1853. *The captive in Patagonia*. Gould and Lincoln, Boston.
- CUNNINGHAM, ROBERT O. 1871. *Notes on the Natural History of the Strait of Magellan*. Edmonton and Douglas, Edimburgh.
- FALKNER, THOMAS. 1974 *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sud*. Solar-Hachette, Buenos Aires.
- FITZ ROY, ROBERT. 1933. *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S.M. "Adventure" y "Beagle" en los años 1826 a 1836*, tomos I y III. Biblioteca del Oficial de Marina, Buenos Aires.
- MARTINIC B., MATEO. 1987a. "El juego de naipes entre los tehuelches". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 17: 23-30, Punta Arenas.
- 1987b. "El uso de armas de fuego por los tehuelches". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 17: 35-40, Punta Arenas.
- MARTINIC B. MATEO y ALFREDO PRIETO I. 1985-86 "Dinamarquero, encrucijada de rutas indígenas". *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 16: 53-83, Punta Arenas.
- 1988 "Artesanía aónikenk sobre metal a la luz de hallazgos arqueológicos". *Anales del Instituto de la Patagonia*", vol 18: 99-105, Punta Arenas.
- MORREL, BENJAMIN. 1832. *A narrative of four voyages to the South Sea, North and South Pacific Ocean, Chinese Sea, Ethiopic and Southern Atlantic Ocean, Indian and Antarctic Ocean from the year 1822 to 1831*. J. & J. Harper, New York.
- MOYANO, CARLOS M. 1931. *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires.
- MUSTERS, JORGE CH. 1964. *Vida entre los Patagones*. Solar-Hachette, Buenos Aires.
- ROGERS, JUAN TOMAS. 1880 "Segunda expedición a la parte austral de la Patagonia". *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, tomo VI, Santiago.
- SALDANHA DA GAMA, LUIZ PHELIPE DE. 1936. *Notas de Viagem, tomadas ao correr da penna durante a comissao da corveta Parnahyba ao Estreito de Magalhaes e costa de Patagonia*. Imprensa Naval, Rio de Janeiro.
- SCHMID, TEOFILO. 1964. *Misionando por Patagonia Austral 1858-1865. Usos y costumbres de los Indios Patagones*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- AMAYA, OVIDIO OMAR. 1980. *Diario de Antonio de Viedma*. Municipalidad de San Julián, Buenos Aires.
- BEAUCHESNE, GOUIN DE. s/fecha. *Relation du voyage du Sr. de Beauchesne au Chile, dans la mer du sud d'Amerique par le detroit de Magellan*. (manuscrito). Bibliotheque Nationale, Fonds Fr. 9097 f. 132, París.

NUEVOS ANTECEDENTES SOBRE NAIPES PATAGONES

MATEO MARTINIC B. *

INTRODUCCION

En una comunicación anterior (Martinić, 1987) tratamos extensamente acerca del hábito del juego de naipes entre los tehuelches del sur de la Patagonia, con una referencia especial para el tipo de cartas empleado por los indígenas y otra para su origen y fabricación, postulándose la autoría aónikenk o tehuelche meridional para los conjuntos existentes en el Museo de Historia Natural de Santiago de Chile (modalidad de dibujo complejo), en el Museum of Mankind de Londres y en el Pitt Rivers Museum de Oxford (modalidad de dibujo sencillo). A propósito de esta última forma abundamos en consideraciones acerca de la evolución del diseño indígena en las piezas lúdicas.

La difusión de la comunicación que se comenta nos permitió enterarnos de la existencia de un nuevo conjunto de naipes de los patagones (que pasa a ser así el cuarto conocido), conservado en el Museo de la Patagonia de Bariloche (Río Negro, Argentina) y que se pasa a describir¹.

* Area de Historia, Instituto de la Patagonia, Universidad de Magallanes. Casilla 113-D, Punta Arenas, Magallanes, Chile.

¹ Encontrándose en prensa este artículo, el señor Mauricio Massone nos ha informado sobre un quinto conjunto de naipes aónikenk que se exhibe en el Museo de La Plata (Argentina), y que por sus características de diseño correspondería a la modalidad de dibujo sencillo.

NAIPES TEHUELCHES DE LA COLECCION DEL MUSEO DE LA PATAGONIA.

Se trata de un lote de quince naipes que fue donado hacia 1944-45 por el teniente coronel Napoleón A. Irusta, a la sazón Presidente de la Administración de Parques Nacionales, organismo del que depende el museo. La procedencia atribuida al conjunto es la provincia de Santa Cruz, territorio patagónico donde antaño radicaron las etnias aborígenes aónikenk, mecharnúkenk y teushkenk, agrupadas comúnmente bajo el gentilicio común de tehuelches o patagones (Martinić, 1991).

Los naipes fueron inventariados bajo los números 826-A a 826-N y uno sólo con el número y sin letra. Están confeccionados sobre cuero de caballo cortado en secciones rectangulares irregulares, con resultado de pequeñas diferencias en sus dimensiones. Estas, tomadas según los ejes ortogonales que pasan por el centro de cada naipé, promedian 87,8 mm en el largo, con un máximo de 88,4 mm y un mínimo de 86,6 mm; 54,9 mm en el ancho, con un máximo de 55,7 mm y un mínimo de 52,7 mm. El espesor medio de los naipes es de 0.48 mm. Los bordes están bien definidos por un corte neto, realizado con una herramienta filosa (A. Hajduk, com. pers.)

El diseño de los motivos diferenciales está hecho sobre la superficie externa del cuero, debi-